

La Buena Noticia según la comunidad de Juan



En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: "Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que

no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas.

Pues todo el que obra perversamente detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios."

Juan 3,14-21

Nunca es tarde

«Estudiar ayuda a tener la mente despierta», dice Luis Martín, quien ha conseguido el título de Bachillerato a la edad de 87 años. «A los 72 años comencé a darme cuenta de que estaba perdiendo la memoria. Decidí volver a estudiar». Han sido, años de estudio interrumpido por varios motivos, entre ellos el cuidado de su nieto y el coronavirus, que lo llevó a estar ingresado. Pero no cejó nunca en su objetivo. A dos o tres asignaturas por año y presencial, en horario nocturno. El ejemplo de un hombre tras un sueño que, finalmente, vio cumplido.

En estos días mis alumnos se han examinado de Selectividad. He sido testigo directo de sus nervios, lágrimas, rostros ojerosos de noches sin dormir y del miedo a no obtener la nota para entrar en la carrera que ansían. Y no asumir que esto es necesario, que el sacrificio y el tesón aquí juegan un papel importante, conlleva a frustraciones que, o las gestionan los papás para que sus niños no sufran (y, por tanto, no aprendan), o aprenden ellos a gestionarlas para aterrizar a la vida de verdad.



En los tiempos de premura que vivimos, la paciencia y la espera se quedaron anticuadas. Hay un dicho popular que dice: «más corre el galgo que el mastín; pero si el camino es largo, más corre el mastín que el galgo». Pues bien, esta juventud de nuestro presente prefiere ser galgo a mastín. Están convencidos de que basta con querer algo para ya tener derecho a conseguirlo. Entienden mal

eso de que «querer es poder», porque pasan por alto esa verdad de que, entre el querer y el poder, hay un camino de subidas, bajadas, sudores, dudas, cansancio y, muchas veces, lucha contra uno mismo.

Otra cosa de la que estoy convencida es de que los sueños requieren conciencia. La vida te enseña que tener un sueño no quiere decir que se cumpla. O no al momento. Siempre les digo a mis alumnos que hay que tener un sueño, pero que también hay que tener un plan B. Y ese plan B se construye

manteniendo la mente abierta a otras posibilidades que no habías contemplado, pero que están ahí. Esto implica mantenerse conscientes, despiertos, abiertos a lo que pueda ser. A veces, bajo esos sueños de forma y tamaño determinado, late un deseo más grande que puede ser saciado de otra forma que, quizás, sea la adecuada para uno. Por eso hay que mantenerse en actitud de escucha. La vida (aunque, en mi caso, yo diría Dios) finalmente responde a esos sueños forjados con empeño y trabajo, y te coloca donde estás llamado a estar, de eso estoy convencida porque así lo he vivido. Pero, claro, uno no debe sentarse a esperar. Caminar, actuar y confiar han sido la clave para mí. Y desde esta humilde experiencia de vida trato de hacer entender a mis alumnos que los deseos y sueños solo echan raíces sobre terrenos regados de responsabilidad y labranza.

Decía santa Teresa que había que ir por la vida «con determinada determinación». Ojalá nuestros chicos así lo entendieran. Pero, claro, de esta manera también tenemos que entenderlo los adultos, que andamos moviéndonos entre la impaciencia y la inmediatez. Paremos, respiremos, miremos a nuestro alrededor y contemplemos. Ninguna primavera llega sin haber atravesado todo un otoño y un invierno. Así también en la vida. Y mientras hay vida, hay esperanza. Nunca es tarde para nada por lo que uno esté dispuesto a batallar.

Almudena Colorado



*Nunca
es tarde*

Reflexión al Evangelio



Nicodemo representa en el relato a todo aquel que busca sinceramente encontrarse con Jesús. Por eso, en cierto momento, Nicodemo desaparece de escena y Jesús prosigue su discurso para terminar con una invitación general a no vivir en tinieblas, sino a buscar la luz.

Según Jesús, la luz que lo puede iluminar todo está en el Crucificado. La afirmación es atrevida: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna». **¿Podemos ver y sentir el amor de Dios en ese hombre torturado en la cruz?**

Acostumbrados desde niños a ver la cruz por todas partes, **no hemos aprendido a mirar el rostro del Crucificado con fe y con amor**. Nuestra mirada distraída no es capaz de descubrir en ese rostro la luz que podría iluminar nuestra vida en los momentos más duros y difíciles. Sin embargo, Jesús nos está mandando desde la cruz señales de vida y de amor.

En esos brazos extendidos, que no pueden ya abrazar a los niños, y en esas manos clavadas, que no pueden acariciar a los leprosos ni bendecir a los enfermos, está Dios con **sus brazos abiertos** para acoger, abrazar y sostener nuestras pobres vidas, rotas por tantos sufrimientos.

Desde ese rostro apagado por la muerte, desde esos ojos que ya no pueden mirar con ternura a pecadores y prostitutas, desde esa boca que no puede gritar su indignación por las víctimas de tantos abusos e injusticias, Dios nos está revelando su **«amor loco»** por la humanidad.

«Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él». Podemos acoger a ese Dios y lo podemos rechazar. Nadie nos fuerza. Somos nosotros los que hemos de decidir. Pero «la Luz ya ha venido al mundo». **¿Por qué tantas veces rechazamos la luz que nos viene del Crucificado?**

Él podría poner luz en la vida más desgraciada y fracasada, pero «el que obra mal... no se acerca a la luz para no verse acusado por sus obras». Cuando vivimos de manera poco digna, evitamos la luz, porque nos sentimos mal ante Dios. No queremos mirar al Crucificado. Por el contrario, **«el que realiza la verdad se acerca a la luz»**. **No huye a la oscuridad**. No tiene nada que ocultar. Busca con su mirada al Crucificado. Él lo hace vivir en la luz.

J. A. Pagola